

LA GAVIOTA

Érase una vez una gaviota que todos los días sobrevolaba el mar en busca de peces. Un día divisó un banco de peces, y sin pensárselo dos veces, se lanzó al agua. En los dos primeros intentos, consiguió un par de ellos, pero al tercero no tuvo tanta suerte y se le quedó enganchado en el pico un plástico de latas de refresco. La gaviota intentó quitárselo con todas sus fuerzas, movió la cabeza una y otra vez pero el intento fue en vano. Pasaron un par de días, la gaviota sin poder comer ni beber asumió que dentro de poco tiempo moriría. Como todos sabéis, las gaviotas (al igual que muchas otras especies) cuando se sienten débiles o enfermas, se esconden en agujeros en la tierra o en arbustos. La gaviota se escondió debajo de una silla de playa de alquiler alejada de todo. Lo que la gaviota no sabía era que esa silla siempre estaba reservada para mí, ya que todos los veranos los paso en la misma playa. La gaviota cerró los ojos esperando lo peor.

Esa es mi silla favorita ya que está alejada del bullicio y así puedo leer mi libro favorito *Crónicas de la Tierra*. Aquel día decidí ir con mi bici más temprano de lo habitual. Me senté en la silla y comencé a aplicarme la crema solar. Se me cayó y me agaché a recogerla. Nunca me imaginé lo que estaba a punto de ver; era una preciosa gaviota blanca como la nieve, su pico era naranja como el fuego. Pero había algo más en su pico, era... era... ¡Era un plástico de las latas de refrescos! Parecía como si su vida se estuviese apagando, se la veía débil. Por un momento me sentí en su piel e imaginé cuánto debía estar sufriendo. Pero dejé todos esos pensamientos atrás y decidí ayudarla. Con un movimiento rápido pero suave, retire el plástico de su pico. Se la veía hambrienta, me acerqué, sin perder de vista al pobre animal, al chiringuito más cercano. Pedí un recipiente con agua y pensé en que debía darle algo de comer pero no se me ocurría nada. Comenzó a oler a sardina a la parrilla ¡Eso es! Me vino a la cabeza aquel hombre de cabellos grises que cocina sardinas a la parrilla al aire libre y las sirve como tapa a los turistas que van a comer al chiringuito. Corrí lo más rápido que pude. Al llegar le pedí dos pares de sardinas crudas, me dijo que las cocinaría, insistí hasta que al final me preguntó extrañado por que las quería crudas. Le expliqué lo que ocurría y al final accedió. Viendo la situación, me dijo que me las daría gratis ya que era una buena acción. Le di mil gracias. Antes de marcharme me preguntó si necesitaba ayuda. Sabía que si le decía que no, igualmente me ayudaría, ya que solo tenía once años, así que me inventé una historia. Le mentí y me sentí fatal. Le dije que mis padres estaban con la gaviota y me mandaron que fuera a por algo para alimentarla. El señor me dijo “Está bien”, así que me fui corriendo. Llegué a donde estaba la gaviota, le di el agua y las sardinas. Se tomó todo con mucho gusto. Cuando terminé pensé qué podría hacer con ella ya que seguía débil y enferma y decidí llevarla al veterinario. Coloqué a la gaviota en la cesta de mi bicicleta y la lleve al veterinario más cercano, que estaba a un par de kilómetros. En el camino pensé que con que pagaría, así que rebusqué dentro de mi mochila para ver si encontraba algo de dinero. Encontré veinte euros que me había dado mi madre para hacer la compra al volver de la playa (con todo este asunto se me había olvidado). Recé para que llegase para poder curar a la gaviota.

Al llegar, me atendió una mujer en recepción que me preguntó qué ocurría, le expliqué lo sucedido y me preguntó si venía sola, yo le contesté que sí. Me llevó a una sala donde había un veterinario, que me miró y bajó la vista hacia la gaviota. Al ver su mal estado llamó al auxiliar y cogió a la gaviota, la colocó sobre la camilla y me dijo que saliese de la sala. Al salir, me dijo que podía irme a casa y mañana volver, que la gaviota estaba en buenas manos. Miré a la gaviota con pena y me fui.

Para mi sorpresa ya era de noche y pensé que mis padres me regañarían. Al llegar a casa mis padres estaban asustados. Al verme corrieron hacia mí y me abrazaron, ese momento duró poco y comenzaron a regañarme. Les conté todo y me dijeron que había hecho lo correcto. Aquella noche apenas pude dormir pensando en la gaviota, pero conseguí conciliar el sueño. A la mañana siguiente me desperté de un brinco y les dije a mis padres que debía ir a ver a la gaviota. Me arreglé

lo mas rápido que pude y me dispuse a ir con mi bici. Al entrar me dirigí a la recepción y pregunté cuánto había que pagar, la señora me dijo que nada, ya que ellos estaban allí para ayudar en estas situaciones. Le dí las gracias. Me llevó a una sala donde había muchas aves, señaló una gran jaula. Era la gaviota, estaba perfectamente aunque aún le faltaba plumaje. También me dijo que estaría ahí una semana más y que a la semana la llevarían a la playa de nuevo. Me preguntaron si quería acompañarles, yo dije que si entusiasmada. Al transcurrir aquella semana fuimos en un coche a la playa. Al llegar, la gaviota estaba ansiosa por salir de aquella jaula . La miré y ella me miró con cara de agradecimiento (o al menos eso me pareció a mi). Me sentí muy bien, como nunca me había sentido. Abrieron la jaula y salió volando. No se si ella se acordaría de mi, pero yo si de ella.

EL PLANETA ES NUESTRA CASA, PERO NO VIVIMOS SOLOS EN ELLA.